

El encuentro de Jesús con las personas con capacidades diferentes Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Los enfermos en la Biblia

En los tiempos del Antiguo Testamento y de Jesús, se consideraba a los enfermos, cualesquiera que fueran, como pecadores; es decir, personas que se habían apartado de Dios y, por ende, habían sido castigados en el cuerpo o la mente. Esto los situaba al margen de la sociedad. Las personas sufrían tremendamente su situación, desde un punto de vista no solamente físico, sino principalmente espiritual: la persona enferma se sentía prisionera de fuerzas extrañas, excluida de la sociedad, de la comunidad de los creyentes y de la comunión con Dios. Se sentía «impura», alejada de Dios, el Santo y Puro.

Rompe Jesús con esta mentalidad. Sus encuentros con los enfermos manifiestan que Dios no está lejos de ellos; sus curaciones permiten al hombre la recuperación de su dignidad y la posibilidad de volver a acercarse a la vida de la comunidad creyente.

La fe en la situación de discapacidad

¿Existe la posibilidad para las personas de creer, a pesar de estar presas de una discapacidad? El Evangelio da una respuesta contundente: la fe es posible no sólo cuando el hombre está consciente de sí mismo, cuando puede tomar una decisión personal, cuando disfruta de autonomía e integridad física.

Podríamos pensar que el acto de fe no es posible ahí donde la enfermedad, alcanzando un nivel de gravedad alta, impide una expresión y manifestación de conciencia y libertad. Esta mentalidad, presente en las páginas del Antiguo y el Nuevo Testamento, no es extraña al mundo de hoy. ¡Cuántas veces se niegan los Sacramentos a los discapacitados, debido a esta idea! En esta visión tener fe y seguir a Jesús, llegar a ser sus discípulos (porque éste es el sentido de la fe en los Evangelios), es posible sólo para quien, de manera consciente y racional, puede tomar esta decisión. Quien llevaba en su cuerpo y su mente, en su humanidad, los signos de la enfermedad y la discapacidad, no podía acercarse a Él.

Sin embargo, la fe, según las narraciones evangélicas, es otra cosa respecto a una plena convicción o comprensión racional. Los enfermos físicos y mentales expresan su deseo y necesidad de encontrarse con Jesús, con el Santo, el Puro, el Bien, para ser liberados y salvados. Cuando se encuentran con Jesús, expresan su deseo de rescate.

El desafío de Jesús

Jesús encuentra a los marginados por el mal y los sana. Les abre –y son los primeros– el camino del Reino. Les permite seguirlo, les da la oportunidad de la fe.

Se puede afirmar que en el encuentro de Jesús con los enfermos, se subraya un aspecto esencial de la fe, que antes de ser una fe profesada, de quien dice «yo creo en ti, tengo confianza en ti, te reconozco y quiero seguirte», es una fe donada por Dios a través de Jesús. Éste es el aspecto fundamental de la fe: es don de Dios. Jesús encuentra a los «lejanos» y les dona la fe, les permite vivir una relación con Dios y creer en Él.

En las narraciones evangélicas, además, la fe consiste en una con fianza concreta y material en la posibilidad de que Jesús los sane. Esta confianza se expresa con gestos sencillos: un

grito, un gesto (tocar a Jesús, echarse a sus pies), una invocación - oración. Nos parece raro que estos gestos los defina Jesús como 'fe'. ¿No se trata de una fe muy pobre, limitada, supersticiosa, infantil? A menudo ni siquiera se expresa con palabras.

En la categoría de la fe como una elección madura, ponderada, nos parece incomprendible lo que dice Jesús a los enfermos: «Tu fe te ha salvado». Pensamos la fe como algo complejo, que necesita un montón de palabras. Por eso no se ofrece a muchas personas, niños y adultos con discapacidad, una educación religiosa, y se les excluye de los Sacramentos. Podemos darles la Comunión, pero... sólo para que ellos y sus familiares no queden mal, no se sientan rechazados. No estamos convencidos de que verdaderamente puedan creer en Jesús mejor que nosotros.

El grito de la fe

Gritan a Jesús estas pobres personas y manifiestan su fe. Nos parece más una invocación de ayuda, una petición, y no la expresión de una fe madura. «¡Claro!, se trata de un interés personal», alguien podría objetar.

El grito, sin embargo, no es simplemente expresión de la voz que expresa sufrimiento, necesidad, petición de ayuda; en la Sagrada Escritura es siempre algo más profundo. Es la expresión de la incapacidad de salvarse por propia cuenta, de sanarse por sí mismo; es el reconocimiento de que la salvación y la curación plenas pueden llegarnos sólo de Dios. El grito es apelación a la misericordia de Dios; si uno grita a Dios, Éste no puede no salvarlo; si un pobre grita a Dios, Él lo salva.

El grito del pobre, que se considera como tal, es expresión de una fe plena, porque supone el reconocimiento de Dios y de Jesús como única posibilidad de salvación. Éste es el corazón de la fe. Ésta es la fe, y sin este reconocimiento no hay fe. ¡Pensemos en aquellas personas discapacitadas que logran sólo gritar o decir el nombre de Jesús! Han recibido y expresan su fe.

Como los niños

La fe es, por lo tanto, dependencia profunda –contra toda mentalidad del hombre contemporáneo que construye su destino sin Dios–; reconocimiento de que alguien puede salvarte, dar un sentido a tu existencia, y sanarte emocional y espiritualmente. No se trata de una decisión puramente racional, menos aún depende de la bondad de alguien. No es la elección de quien se piensa autosuficiente, maduro, y puede determinar de manera original su vida. Se trata de la actitud de confianza de los niños que ven, oyen, imitan y siguen a sus padres.

La imitación

En el lavatorio de los pies, Jesús nos sugiere una actitud apropiada: «También ustedes deben lavarse los pies unos a los otros. Les he dejado un ejemplo»... a imitar. El hombre contemporáneo, que se considera adulto y maduro, piensa que antes debe comprenderlo todo y después actuar. Se trata de un proceso imposible para muchos enfermos mentales o neurológicos, o con capacidades diferentes. «Lo que hago, tú (Pedro) no lo comprendes, pero lo comprenderás más tarde». Debemos imitar a Jesús y... después comprenderemos.

Consecuencias

Ante las personas con capacidades diferentes, se precisa una catequesis bíblica, evangélica, con ejemplos, parábolas, imágenes: una narración simbólica. Antes de «explicar» la fe, se debe «narrarla». La Palabra de Dios es comprensible para todos, también para quien vive con una discapacidad grave y, además, es «eficaz» para todos los que la escuchan: cambia el corazón.

La liturgia celebra el misterio de Dios y de Jesucristo. La liturgia es el lugar del crecimiento y de expresión de la fe, para todos: sanos, inteligentes, cultos, ignorantes y discapacitados mentales. Con cantos sencillos –¡todos pueden cantar un estribillo!–, con símbolos (cirio pascual, libro de los Evangelios, flores, imágenes); con peticiones y oraciones específicas.

Lo importante es permitir el desarrollo humano y espiritual a todos. También las personas con capacidades diferentes pueden recorrer el itinerario de la fe: escuchar, ver, repetir, imitar a Jesús.

«Es inútil perder el tiempo, no comprenden»: es la frase –amarga, injusta e injustificada– que se escucha. No es pérdida de tiempo: la fe crece también por la paciencia y con la confianza en las personas. Algunas mamás, que no se rinden –tercas en su compromiso–, nos dan el modelo a seguir.

Actitud de servicio

A menudo se piensa que el servicio a los demás –cualquier forma de ayuda y solidaridad– es una prerrogativa de quien guarda intactas sus capacidades físicas y mentales para poder donarse. No es así: también las personas con capacidades diferentes o afectadas por el peso de los años y las enfermedades, pueden –deben– hacer su parte: donando amistad, preocupándose por los que están en una condición peor, rezando. Éste es el servicio al prójimo: la consecuencia de la fe. La oración, la de todos, libera nuestro corazón para que sea capaz de acoger a los demás y donarse a los demás, porque lo entrelaza con el corazón de Dios.

También la persona con capacidades diferentes puede comunicar el Evangelio, de una manera sencilla, comunicando su experiencia de encuentro con Jesús, su vivencia del Evangelio de la paz y el amor, en un mundo a menudo violento y egoísta.